

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

# **Algunas consideraciones sobre la apelación recurrente al sintagma “subjetividad de la época”.**

Lanci, Martín.

Cita:

Lanci, Martín (2020). *Algunas consideraciones sobre la apelación recurrente al sintagma “subjetividad de la época”*. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/487>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA APELACIÓN RECURRENTE AL SINTAGMA “SUBJETIVIDAD DE LA ÉPOCA”

Lanci, Martín

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

## RESUMEN

Mi propuesta surge de una dificultad que encuentro recurrentemente dentro del lacanismo, que es que los psicoanalistas, tarde o temprano, terminamos hablando, por lo general con un tono entre asertivo y profético, de “la subjetividad de la época”, de modo tal que se suele llegar a algunas respuestas conclusivas que, a mi gusto, nos presentan bastantes problemas. Entonces, me parecía que esta era una buena ocasión para plantear algunos problemas que para mí son preliminares, antes de entrar en la discusión de cuál es la subjetividad de la época, de ver si hay o no que estar a la altura de eso y qué significaría estarlo o no. Me gustaría que ustedes me ayuden a dilucidar qué alcance toman estos términos y qué es lo que afirman, si es que afirman algo.

## Palabras clave

Subjetividad - Época - Horizonte - Discordia

## ABSTRACT

SOME CONSIDERATIONS ABOUT THE RECURRING APPEAL TO THE TERM “EPOCH’S SUBJECTIVITY”

My proposal is the result of a recurring problem within lacanism which is that, sooner or later, psychoanalysts tend to make propositions, more often than not in a tone, if not prophetic, at least assertive, about the “epoch’s subjectivity”. As a result, they tend to come to some conclusive answers that, from my point of view, are at least questionable. I believe this to be a great occasion to discuss some of the preliminary problems that this terms introduce, before trying to find out which the epoch’s subjectivity might be, whether we have to be up to it or not, and what the latter would mean. In a few words, I would like to discuss the scope of these terms, and what they assert, if they assert something.

## Keywords

Subjectivity - Epoch - Horizon - Discord

La propuesta surge de una dificultad que encuentro recurrentemente dentro del lacanismo, que es que los psicoanalistas, tarde o temprano, terminamos hablando por lo general con un tono entre asertivo y profético, de “**la subjetividad de la época**”, de modo tal que se suele llegar a algunas respuestas conclusivas que, a mi gusto, nos presentan bastantes problemas. Entonces,

me parecía que esta era una buena ocasión para plantear algunos problemas que para mí son preliminares, antes de entrar en la discusión de cuál es la subjetividad de la época, de ver si hay o no que estar a la altura de eso y qué significaría estarlo o no. Me gustaría que ustedes me ayuden a dilucidar qué alcance toman estos términos y qué es lo que afirman, si es que afirman algo.

El punto de apoyo a partir del cual ese sintagma cobró resonancia es un pasaje de “Función y campo del lenguaje y de la palabra en psicoanálisis” que se terminó convirtiendo en una suerte de consigna o sentencia a la que muchos analistas se suelen adherir acríticamente. Es el siguiente:

**“Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época”**. Hasta acá, lo que se suele citar, y que le daría entidad a la formulación “subjetividad de la época”. Pero resulta que la cita sigue del siguiente modo: **“Pues ¿cómo podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico? Que conozca bien la espira a la que su época lo arrastra en la obra continuada de Babel, y que sepa su función de intérprete en la discordia de los lenguajes”** (Lacan, 1953 p. 309). Como ven, el pasaje es bastante oscuro y hasta algo enrevesado. En su “Discurso de Roma”, alocución en la cual introduce justamente este escrito, Lacan profiere una recomendación mucho más sencilla y menos rimbombante: **“Abran sus oídos a las canciones populares, a los maravillosos diálogos de la calle. Recibirán el estilo por el cual lo humano se revela en el hombre, y el sentido del lenguaje sin el cual ustedes no liberarán jamás la palabra”** (Lacan, 1953, p. 160). Se me ocurrió que “unir a nuestro horizonte la subjetividad de la época” podía leerse en ese sentido. Pero volvamos por lo pronto a la “cita obligada”.

Primera cuestión: si la época del analista está afectada por la obra continuada de Babel, que es la discordia de los lenguajes, entonces esa época no podría ser definida a partir de un postulado universal, que pretenda concebirla de manera unitaria, al modo del “Zeitgeist” hegeliano (“Espíritu de la época”). En su “Diccionario de Filosofía”, Ferrater Mora hace un comentario lúcido al respecto: **“Tan pronto como se intenta precisar el «espíritu de la época» en cuanto tal, especificándolo en determinadas manifestaciones culturales, políticas, artísticas, religiosas, o**

en determinadas estructuras sociales y económicas, la unidad del supuesto «espíritu» corre el peligro de disolverse” (Ferrater Mora, 1999, p. 1013-1014).

Esta observación coincide con la perspectiva metodológica que Schorske (historiador estadounidense) adopta en sus ensayos sobre “La Viena de fin de siglo”: *“El historiador debe renunciar a la postulación anticipada de un denominador común categórico abstracto, es decir, lo que Hegel denominaba Zeitgeist y Mill, “la característica de una época”. Donde antes funcionaba esa identificación intuitiva de unidades, ahora debemos contentarnos con la búsqueda empírica de pluralidades como condición previa a la formulación de patrones culturales unificadores”* (Schorske, 1980, p. 20).

Entonces lo único verdaderamente “universalizable” en cada época es la babelización de la lengua, es decir, la discordia y el malentendido (el malestar en la cultura, diría Freud). Por lo que la subjetividad en cuestión, si es de una época tal, será una subjetividad dividida y discordante: efecto de la discordia de los lenguajes que la determina. Si no podemos definir los principios de nuestra práctica sin tomar en consideración la función y el campo de la palabra y del lenguaje, ¿cómo podríamos prescindir de esa función y de ese campo al momento de iniciar una indagación propiamente psicoanalítica de la “subjetividad de la época”?

Un problema que encuentro cuando los analistas se “unen” acríticamente a esta formulación de Lacan es que, por lo general, se omite leer un término crucial que es la **figura del “horizonte”**. Un horizonte supone distanciamiento, separación de por lo menos dos espacios heterogéneos que no se superponen: el uno, el de la transferencia, espacio en el que se despliega la cura psicoanalítica. Y un otro, horizonte del primero y, en cuanto tal, espacio que se escabulle y en el que nunca se está sino a destiempo: el de “la época”. Entonces que la época tenga que estar necesariamente en el *horizonte* del acto analítico no implica que éste se produzca *en* ella. Este es un matiz muy importante, porque una cosa es “unirnos” a lo que llamemos “subjetividad de la época” (como quien dice: unirnos en sagrado matrimonio), y otra cosa muy distinta (que, entiendo, es lo que propone Lacan) es “unir” ese objeto de interrogación a nuestro horizonte. Unir algo a nuestro horizonte interpretativo implica, paradójicamente, tomar distancia crítica respecto de ese objeto. Es una unión que produce el distanciamiento necesario para dar paso a la acción interpretativa, de acuerdo a la función “deseo del analista”, que es un “deseo de máxima diferencia”, no un deseo de máxima fusión.

Les propongo, por un momento, detenernos en el término **“subjetividad”**, que es una palabra que, a mi gusto, dice mucho y no dice nada a la vez: ¿Cuál es el tiempo en el que, en un psicoanálisis, se produce la subjetividad? ¿Es el de la época?

Si por “subjetividad” nos referimos al **sujeto del inconsciente**, tenemos que recordar que éste se produce en una temporalidad, según la designación freudiana, *nachträglich* (retro-activa,

retardada), en la que un significante lo representa para otro significante. Esto implica que no pueda haber entre ellos (el uno y el Otro significante) relación de contemporaneidad posible: el sujeto no puede ser “de la misma época” que el significante que lo constituye como tal para otro significante.

Por el contrario, a mí me parece que el tiempo del análisis, más que el de la época, es el **tiempo de la angustia**, de la angustia de castración. Me gusta cómo la define Lacan a propósito de Hans: *“surge en cada ocasión cuando el sujeto se encuentra despegado de su existencia, cuando se ve a sí mismo a punto de quedar capturado de nuevo en la imagen del otro. La angustia es correlativa del momento de suspensión del sujeto, en un tiempo en el que ya no sabe dónde está, hacia un tiempo en el que va a ser algo en lo que ya nunca podrá reconocerse”* (Lacan, 1956-1957, p. 228). Es decir que hay un des-tiempo fundamental en este tiempo de la angustia correlativo al nacimiento del sujeto. Es un momento que no coincide con ninguna época, pero que no por ello es atemporal. Momento de suspensión del sujeto, y del sujeto como suspensión. El tiempo del análisis sería un tiempo en el que uno ya no sabe dónde está, uno pierde el hilo (¿dónde estábamos? ¿A qué venía esto?), y avanza hacia un tiempo incierto en el que ya nunca podrá reconocerse más que en lo que habrá sido (futuro anterior).

Otro punto a tener en cuenta: hay en la relación analítica la **máxima disparidad posible entre la posición del analizante y la del analista**. Consecuencia de ello es que el uno y el otro no hacen *época* (lo cual implicaría una lamentable versión heroica del psicoanálisis). Y, después de todo: ¿cuál sería *nuestra época*? ¿Se trata de una realidad común que compartimos todos en tanto que contemporáneos?

En este sentido, me parece a atender algo que Lacan dice unas páginas antes del recitado pasaje: que el análisis no es un *bundling* [i]. De hecho, en el “Discurso de Roma”, Lacan plantea que en un análisis hay por lo menos **cuatro personas o lugares**, que se articulan en una relación dialéctica *“donde el no-actuar del analista guía al discurso del sujeto hacia la realización de su verdad”* (Lacan, 1953, p. 296): la persona que está recostada en el diván, la persona que habla y la persona que escucha. Y luego tenemos la que está sentada detrás en el sillón, que ocupa el lugar del muerto en este juego, y que no sólo está en un lugar diverso respecto de las otras tres, sino también en un tiempo distinto en cuanto a la experiencia del análisis.

Freud se ubica en relación a esta posición de intérprete, por ejemplo, en **“El porvenir de una ilusión”**. Abre el texto diciendo algo con lo que uno rápidamente uno podría acordar: que mientras menos sepa uno sobre el pasado y el presente, tanto más incierto será el juicio que pronuncie sobre el porvenir. Pero, a continuación, destaca un “hecho asombroso” que supone un límite a su trabajo y es que, *“en general, los seres humanos vivencian su presente como con ingenuidad, sin poder apreciar sus contenidos; primero deberían tomar distancia respecto de él, vale decir que el presente tiene que devenir pasado si*

es que han de obtenerse de él unos puntos de apoyo para formular juicios sobre las cosas venideras” (Freud, 1927, p. 5). Es decir que Freud sitúa una imposibilidad de estar del todo en el presente, de “apreciar sus contenidos”. El presente, y más aún para lo que se juega en nuestra práctica como analistas, es un tiempo sometido a una perpetua metonimia, en continuo deslizamiento y pérdida.

Les propongo re-abrir un poco nuestro horizonte a/con algunos aportes que encontré en ciertos textos por los que fui paseando, y que están más en la línea del método freudiano:

1) Tomo, en primer lugar, un texto que supongo que conocerán. Se trata de la conferencia de Agamben sobre “Lo contemporáneo”. Ahí dice que “*la contemporaneidad es una singular relación con el propio tiempo, que **adhiera** a él y, a la vez, **toma distancia**. Aquellos que coinciden demasiado plenamente con la época, que encajan en cada punto perfectamente con ella, no son contemporáneos porque, justamente por ello, no logran verla, no pueden tener fija la mirada sobre ella*” (Agamben., 2006, p. 18-19). Ser contemporáneos implica entonces “***ser puntuales en una cita a la que sólo se puede faltar... Nuestro tiempo, el presente, no puede en ningún caso alcanzarnos***” (Agamben, 2006, p. 23). ¿Podríamos decir que el analista forma parte de su época, pero que no está en ella o, en todo caso, que está sustrayéndose de ella, cada vez, en su misma operación de “intérprete de la discordia de las lenguas” a la que su época lo arrastra? Porque si hay función interpretante, es decir, lectura propiamente analítica, es porque se habrá producido e inscripto, en acto, ese exteriormente interior horizonte entre el espacio analítico y el de la época.

2) Luego encontré también algo que dice Carlos Kuri que me gustó, y que está en esta línea: “*lo que se busca sintetizar como “la subjetividad de la época” difícilmente se pueda registrar en la época de esa subjetividad. **Hay algo en nuestros análisis siempre desplazado, un remanente que nos exige considerar la actualidad como problema y no como punto de vista.** Por lo tanto, habría que decir que subjetividad y época no tienen una comunidad conceptual en tiempo presente, no hay entre ellos unificación posible. Esto limita una noción homogénea de época*” (Kuri, 2016, p. 215). Esto de considerar la actualidad más como problema que como punto de vista me interesa particularmente. ¿Y cuál sería entonces ese resto siempre desplazado en nuestros análisis al que se refiere Kuri?

3) Encontré un comentario de Derrida sobre el Nachträglichkeit freudiano que me hizo detenerme en ese remanente (“Freud y la escena de la escritura”): “*Es el retardo lo que es originario. Bajo la palabra “retardo”, hay que pensar otra cosa que una relación entre dos “presentes”. Decir que el retardo es originario es al mismo tiempo borrar el mito de un origen presente. La irreducibilidad del “retardamiento” es, sin duda, el descubrimiento de Freud... Nachträglich quiere decir también “suplementario”. La apelación al suplemento es aquí originaria y socava lo que se re-*

*constituye con retardo como el presente. “Nachtrag” tiene también un sentido preciso en el ámbito de las letras; es el apéndice, el codicilo, el post scriptum. El texto que se llama presente (el texto que tomamos como actual, es decir, de “nuestra época”) sólo se descifra a pie de página, en la nota o el post scriptum. Antes de esa recurrencia, el presente no es más que una indicación de nota”* (Derrida, 1967, p. 264). Ese es, por ejemplo, el modo en el que Freud nos enseña a interpretar un sueño. El desciframiento nunca puede ser contemporáneo al texto del sueño, sino que requiere del post scriptum, es decir, de las ocurrencias que el analizante agrega, agregado que no es un mero agregado, pues modifica y re-escibe aquello sobre lo cual se agrega (el texto mismo del sueño). Es decir que el texto del sueño es tomado por la operación analítica como una indicación de lectura, a la espera de su apéndice, de la recurrencia que lo transformará en otra cosa. Operación que abre la dimensión del significante que requiere de ese tiempo de suspensión necesario para dar lugar al codicilo que nos pondrá en la pista de su desciframiento. A diferencia del signo que, podríamos decir, se agota en una correspondencia casi contemporánea y unívoca entre su ocurrencia y su referente; el signo sería un texto presente, que puede prescindir del destiempo que el post scriptum supone.

¿No podríamos decir, entonces, que la función de intérprete en la discordia de los lenguajes afín a la posición del analista implica leer la “subjetividad de la época” al modo de un sueño, es decir, según esta lógica del destiempo, del retardo (que es la lógica del significante) y que arruina la idea de una comunidad contemporánea entre el intérprete y su objeto? Por lo que ese horizonte al que se refiere Lacan podría pensarse como una dimensión no sólo espacial, sino también, y fundamentalmente, temporal.

Barthes (“Lo Neutro”) nos recuerda la raíz etimológica del término “época”, que viene del verbo griego “epechein” que significa “suspender”. Entonces realiza un interesante seguimiento del término en la tradición de los Escépticos. Parece que, para los Escépticos, la “Époché” es una cuestión de método, que supone la **suspensión del juicio**: “*El escéptico conserva el contacto con lo que siente, con lo que cree sentir, no pone en duda la sensación, la percepción, sino solamente **el juicio que comúnmente acompaña esa sensación***” (Barthes, 1978, p. 267). Hay, por otra parte, una curiosa similitud entre esa “suspensión del juicio” que forma parte del método escéptico y la “suspensión del juicio” inherente a la tarea analizante que la RF, en un análisis, suscita [ii].

A su vez, Barthes aclara que la *epoché*, sobre todo en nuestra época, no es de ningún modo un “equilibrio”, puesto que no excluye la perturbación: “*de hecho, ésta padece fatalmente una dramatización, en la medida en que el mundo no la tolera, no la comprende, la rechaza radicalmente, es objeto de una denegación feroz*” (Barthes, 1978, p. 269). Y pasa a mencionar aquello que de la *epoché* (entendida justamente como esta disposición



metódica a la suspensión del juicio), según su criterio, la “sociedad” no tolera, entre lo que ubica un “escándalo”: la “*imposibilidad del mundo de aceptar la suspensión de respuesta a un pedido*” (Barthes, 1978, p. 270).

¿Se puede pensar el análisis propiamente dicho como una relación discordante entre dos modos de la suspensión, como un espacio intermedio entre dos modos diversos de la puesta en suspenso? Por un lado, la suspensión del juicio crítico respecto de las ocurrencias que hace a la posición del analizante; por otro lado, la suspensión de respuesta a una demanda transferencial. Me refiero a la difícil posición del analista que apunta al mantenimiento de la demanda -de amor-, absteniéndose de satisfacerla. Considero entonces que la posición del analista (la de “intérprete en la discordia de los lenguajes”) que toma como objeto de indagación “la subjetividad de la época” no puede ser diversa: recoger lo que su objeto de interrogación le demanda, atendiendo a las oscuridades que esa demanda comporta, operación que sólo es posible a condición de que uno se haya abstenido de satisfacer las “demandas de la época”.

Hay un librito de Meschonnic (“Para salir de lo postmoderno”) en el que plantea varias cuestiones que nos pueden ayudar a interrogar el sintagma que hoy nos convoca, aun cuando su punto de interrogación sea diverso (la noción de “modernidad”):

1) Dice que la confusión entre modernidad y modernización es un **sociologismo**. “*El punto de vista sociológico cree hablar para todos los otros, según una **representación sincrética del sujeto** (y hablar de una “subjetividad de la época” no sería acaso otro sociologismo?). *Lo que no aclara nada, ya que la cosa que hay que definir (la subjetividad, la época) ya está en la definición (idem Kuri). Se trata siempre del sujeto filosófico clásico, y de un academicismo del pensamiento. Además, este sociologismo es un **apocalipticismo**. De ahí resulta que pensar el sujeto y pensar la modernidad (de acuerdo a nuestro recorrido, podríamos decir pensar “la subjetividad” y pensar “la época”) pasan a ser un único y mismo movimiento, como si ambos fueran indiscernibles*” (Meschonnic, 2009, p. 25-26).*

2) “*Cuando la modernidad se postula como **identidad** tiende, es el sentido oculto de su gesto, a **esencializarse**, a **esencializar lo radicalmente histórico**. Ella deshistoriza. Tiende a creerse encontrada, más que a buscarse, lo cual implicaría que todavía no es lo que pretende (cosa que leo en los dos ejemplos que les comenté). Quiere arrogarse el espacio, en lugar de inventarse. Que sería inventar una relación con los otros*” (Meschonnic, 2009, p. 50).

Para combatir la esencialización de la modernidad, Meschonnic recurre (tal como propone Schorske) al **uso del plural**: “*Decir **las modernidades**, en plural, ya es decir otra cosa que lo que se dice con el singular, que hace como si hubiera una **esencia de la modernidad** (en ese sentido, convendría hablar más de “subjetividades” de la época, para des-esencializar un poco el asunto). Decir modernidad en plural ya es destruir la esencia,*

*porque lo plural tiene esta virtud magnífica de ser una crítica de la esencialización del singular... **el plural empieza al menos con tres** (¿esta afirmación no les suena muy lacaniana?), entonces el plural es sin duda la condición más fecunda para la modernidad. Aquello que hace que la modernidad sea una noción cada vez más pringosa, es precisamente que se la diga en singular”* (Meschonnic, 2009, p. 66-67).

3) La importancia de subrayar el plural al hablar de “la modernidad” también nos permite, según la mirada de Meschonnic, **combatir los binarismos** (de tanta difusión en nuestro medio): “*Uno de los efectos que domina la modernidad es tal vez cierta confusión interesada entre lo moderno, la moda y lo actual. En un **juego binario**, lo eterno y lo transitorio (a nosotros nos resuenan más otros binarismos: lo antiguo y lo nuevo, lo primero y lo último, lcc transferencial/lcc real, sujeto/parletre, etc). Por eso este plural de las modernidades empieza al menos en tres y no en dos. El plural es interesante porque nos permite **salir de los efectos de la binaridad**... El binarismo ha regido la modernidad. Es una oposición muy típica del academicismo”* (Meschonnic, 2009, p. 71-72).

4) Meschonnic se opone, con particular insistencia, a estos sociologismos academicistas: “*El academicismo hace de su mirada una regla que tiende a dar un sentido a la historia. Puesto que la ve sucesiva. Lo nuevo se hace pasar como una superación. Cree en la superación. Por lo tanto, esta linealidad sólo puede ser progresiva o regresiva. Según los gustos. Hoy se diagnóstica un síndrome de declinación. La palabra “crisis” produce su efecto”* (Meschonnic, 2009, p. 182).

Por el contrario, considerar la época desde una perspectiva afín a la posición del analista implica, según mi opinión, no desconocer que “*toda creación de un nuevo sentido en la cultura humana es esencialmente metafórica*”. Es decir, que “*se trata de una sustitución que mantiene al mismo tiempo lo que sustituye*” (Lacan, 1956-1957, p. 380). Ahí donde hay metáfora, hay pérdida de sentido pero también algo que se mantiene latente, reprimido en el campo del “nuevo sentido”. La metáfora es la conjunción disyunta de esos movimientos contradictorios, de la que resulta el efecto de sentido.

Esto también lo subraya De Certeau. Plantea que el psicoanálisis y la historiografía tienen dos maneras diferentes de distribuir el espacio de la memoria. Mientras la historiografía se desarrolla en función de una ruptura entre el pasado y el presente (uno al lado y a continuación del otro), el psicoanálisis reconoce a uno (el pasado) **en** el otro (el presente). Entonces De Certeau afirma que la “estrategia del tiempo” inherente al campo analítico supone, fundamentalmente, los tiempos de la metáfora, bajo el modo de la imbricación (uno en el lugar del otro), de la repetición (uno repite al otro bajo otra forma), del equívoco y de la ambigüedad (¿qué está “en el lugar” de qué?) (De Certeau, 1978, p. 24).

Entonces, me parece a mí que la pregunta por cómo retornan

(sintomáticamente) elementos de épocas supuestamente pasadas en “nuestra” época concierne a la consideración de la subjetividad de la época, desde un punto de vista propiamente psicoanalítico.

### Post-Scriptum:

Acordemos, por un instante, tomar como una marca de nuestra época los discursos y movimientos feministas. Lo que me parece interesante de estos discursos es que, entre otras cosas, nos permiten volvernos a preguntar por las oscuridades que la función paterna soporta, por lo “aún no comprendido” de la función paterna. Nuestra época nos vuelve a mostrar que el agente, el representante siempre fallido de la función simbólica, puede ser de lo más diverso (un hombre, una mujer, una chica trans... ¡hasta una piedra!...y hay padres que efectivamente lo son). Estos discursos nos permiten volver a tropezar con la estructura ahuecada de eso que llamamos, de una manera convencional, “hombre” y “mujer”. Aun cuando, por otra parte, no sabemos casi nada de lo que eso significa, eso no quiere decir que estos significantes “no existan”. Hay que volver a destacar que son funciones simbólicas, es decir, significantes que, como tales, y según las marcas de cada época (es decir, según los significantes con los que se articulen), producirán diferentes efectos de significación.

Lo que quiero destacar, y creo que es algo muy trabajado por Lacan, es un fundamento de la estructura del lenguaje que sigue siendo “actual”, moderno y de nuestra época: hasta donde yo sé, la sexualidad que los neuróticos practican en sus síntomas sigue estando afectada y determinada por una ley fundamental (la prohibición del incesto, claro), prohibición en la que leemos el contrato con el padre muerto, es decir, con el padre que tiene efectos en tanto ha declinado. Esto es lo que llamamos función paterna. Lo que, a mi gusto, sigue siendo de lo más actual. Lo que sí podría cambiar, y de hecho cambia entre épocas y culturas diversas (cosa que ya sabemos desde Levi-Strauss), son los objetos sobre los que recae la prohibición. Pero en las así llamadas “sociedades occidentales” entiendo que también esos objetos prohibidos siguen siendo, desde hace unos cuantos miles de años, los mismos.

Cómo para romper el imaginario cronológico: ¿Edipo es del siglo V a.c. o es centenal? ¿Es antiguo o actual? Uno podría preguntarse lo mismo, por ejemplo, de las tragedias de Shakespeare. Yo respondería que Edipo, para alguien que se ha analizado, es antiguamente actual, o actualmente antiguo. Es las dos cosas a la vez. Recuerdo un paciente que, un poco asombrado y otro tanto más angustiado, repentinamente se le revelaba una verdad trágica: “de repente aquello que a lo largo de toda mi vida quise evitar (tomar como modelo/parecerse al padre), se revela como ya acontecido”.

### NOTAS

[i] Costumbre de origen céltico todavía usada en algunas agrupaciones Amish de Norteamérica, que **permite a los novios dormir juntos en la misma cama, a condición de que conserven sus ropas**. “Bund-le” significa “empaquetar” o “envolver”. Esta práctica toma su nombre del hecho de que la muchacha está generalmente “empaquetada” en sábanas.

[ii] Dice Freud: “*Usted observará que en el curso de su relato le acudirán pensamientos diversos que preferiría rechazar con ciertas observaciones críticas...nunca ceda usted a esa crítica*” (“Sobre la iniciación del tratamiento”).

### BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2006), “¿Qué es lo contemporáneo?”. En “Desnudez”, Editorial Anagrama, Barcelona, 2011.
- Barthes, R. (1978), “*Lo Neutro*”. Siglo XXI editores, México, 2004.
- Carbajal, E. (2013), “*Época: la subjetividad suspendida*”. En “Conjetural, revista psicoanalítica”. Ediciones Sitio, Buenos Aires, 2013.
- De Certeau, M. (1978), “*Psicoanálisis e Historia*”. En “Historia y psicoanálisis. Entre ciencia y ficción”. Oak-Editorial, México, 2011.
- Derrida, J. (1967), “*Freud y la escena de la escritura*”. En “La escritura y la diferencia”, Fuente editorial, Buenos Aires, 2018.
- Ferrater Mora, J., “*Diccionario de filosofía*”. Alianza editorial, Madrid, 1999.
- Freud, S. (1909), “*Sobre la iniciación del tratamiento*”. Obras Completas, Amorrortu, T. XII, Buenos Aires 2010.
- Freud, S. (1927), “*El porvenir de una ilusión*”. Obras Completas, Amorrortu, T. XXI, Buenos Aires, 2011.
- Kuri, C. (1916), “*Nada nos impide, nada nos obliga. De la contingencia en psicoanálisis*”. Nube Negra ediciones, Rosario, 2016.
- Lacan, J. (1953), “*Función y campo de la palabra y del lenguaje en Psicoanálisis*”. En Escritos 1, Siglo XXI editores, 2005.
- Lacan, J. (1953), “*Discurso de Roma*”. En “Otros Escritos”, Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1956-1957), “*El Seminario 4: “La relación de objeto”*”. Paidós, Buenos Aires, 2011.
- Meschonnic, H. (2009), “*Para salir de lo postmoderno*”. Editorial Cactus/Tinta y limón ediciones, Buenos Aires, 2017.
- Schorske, C. (1980), “*La Viena de fin de siglo: política y cultura*”. Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2011.